

# I



a espada de Huma cayó vertiginosamente sobre el orco, partiéndole el cráneo en dos y antes de que éste cayera al suelo ya estaba girando en pos de otros dos orcos que atacaban por su izquierda, y sus cabezas volaron por los aires un par de segundos antes de caer ante los pies de Huma, cuyos ojos buscaban ya una nueva presa a su derecha. La rapidez y precisión de sus movimientos hacían honor a la leyenda negra que sobre ella se había creado entre orcos y trasgos: Huma, la Destructor, la Guadaña de la Muerte, incluso la propia Muerte materializada. Sus ágiles pies parecían bailar esquivando los cadáveres esparcidos sobre la verde hierba tintada de sangre; sus manos revoloteaban a su alrededor sujetando la mortífera espada, que igual saltaba de una mano a otra, que, sujetada por ambas a la vez, arrasaba como un torbellino todo cuanto se encontrara a menos de un metro y medio a su alrededor. Sus largos cabellos rojos y ondulados, parecían látigos azotando el aire como deseosos de alcanzar ellos también a alguno de aquellos enemigos para dejar en sus cuerpos su sangrante marca. Sus ojos claros y brillantes a la luz del sol, no mostraban el más mínimo temor, ni percibíase en ellos el menor atisbo de piedad, sino, por el contrario, un odio profundo que otorgaba a su cuerpo de estilizada figura, una infatigable fuerza y una inquebrantable seguridad en sí misma.

Muy cerca de ella, casi a la justa distancia del área de alcance de su espada, su incondicional e inseparable compañero Norwhoondjer, el *djenkin*, parecía más ocupado en defender a Huma que en llevar a cabo su propia lucha. De no más de uno veinte metros de altura, de piel morena y cabellos oscuros como el carbón, con su cuerpo rechoncho pero musculoso y su cabeza ancha, hubiera podido confundirse con uno más de los enanos de no ser por sus enormes y desproporcionadas manos que, junto a sus anchos y enormes pies, conferían al *djenkin* una grotesca y peculiar imagen. Ataviado con su cota de malla, su escudo y su casco de guerra, parecía querer otorgar a su compañera, la férrea protección de la que Huma carecía, como siempre, por propia voluntad, pareciéndole suficiente su chaleco y sus ceñidos pantalones de cuero; para ella no había mejor protección que su espada y ella misma. Afianzado sobre sus grandes pies, el *djenkin* mantenía a raya a orcos y trasgos que en núme-

ro cada vez mayor, parecían abalanzarse sobre ellos.

A su alrededor, las infanterías elfa y enana estaban arrasando literalmente a los soldados de las huestes de Orm, a pesar de que éstos parecían multiplicarse incansablemente como si surgieran una y otra vez de entre los cientos de cadáveres que cubrían el valle que se abría frente a la *Ciudad de la Alianza*.

Uno de los elfos, Zer, procuraba al igual que Norwhoondjer, proteger a su hermana luchando todo lo más cerca de ella que la propia espada de Huma le permitía, lo cual no era nada fácil, por lo que al elfo le parecía asombroso la forma en la que el djenkin era capaz de convertirse en la sombra de Huma, sin llegar a ser tocado por la imprevisible arma de ésta, quien, ajena a tan generoso derroche de protección, no prestaba atención a otra cosa que no fuera orcos y tragos a los que matar. A pesar de todos sus esfuerzos, la distancia entre Zer y su hermana era cada vez mayor y al elfo no le quedaba más remedio que confiar en el djenkin, en la divina providencia o en el coraje y la valía de la propia Huma, quien a pesar de ser la única mujer guerrera de toda la Alianza, superaba con creces a cualquiera de los más aventajados soldados elfos, djenkins, o enanos. No en vano orcos y tragos odiaban hasta el oír mencionar su nombre.

Los enanos parecían dominar el ala este del frente cerrando sus filas sobre los sanguinarios tragos que empezaban a verse acorralados y a sentirse abandonados por las huestes de apoyo. Los tragos son especialmente embusteros, traidores y crueles además de grandes fanfarrones, capaces de cualquier cosa mientras se sientan seguros y lleven las de ganar, pero cuando las circunstancias no juegan a su favor, prefieren no arriesgarse, y si es preciso ponen tierra de por medio, lo cual no deja de hacerles sentirse humillados, cosa que no perdonan y de lo que pronto buscan el modo de vengarse a la mejor ocasión. Por ello, sus rostros empezaron a mostrar evidencias de desconfianza al comprobar que el refuerzo de sus filas que estaban esperando, no aparecía, mientras que los enanos les iban ganando terreno cada vez con más facilidad, desatando con ello una furia encendida hacia sus capitanes.

Bfrëgh, el comandante orco, observaba la batalla junto con todos los oficiales a su mando, orcos y tragos, al abrigo de los árboles, desde los lindes del bosque.

-¿Pero qué hacen esos estúpidos? -bramó Bfrëgh refiriéndose a los tragos- ¿Es que piensan dejarse matar?

-Supongo -contestó Svharm, el cabecilla trago, con tono sarcástico mientras permanecía impassible sobre su montura- que ahora es cuando

debería aparecer la caballería, comandante. Vuestra caballería. -Svharm resaltó con desagradable énfasis la palabra *vuestra*.

El tono hiriente de Svharmlncomodó visiblemente al comandante Bfrëgh, que se revolvió furiosamente en un intento no muy logrado de contener su ira, poniendo nervioso a su caballo y lanzando una mortífera mirada al oficial trasgo quien por su parte se mantuvo con aire de apática indiferencia.

Bfrëgh era un *orco negro*, probablemente la raza orca de mayor tamaño que se haya conocido nunca, de una talla no inferior a los dos metros, y extremadamente corpulento, peludo y maloliente. Era además un individuo de carácter insoportablemente violento, iracundo y avasallador; cualidades que le habían permitido ser el favorito de Orm. Le gustaba ataviarse con todo tipo de ornamentos sobre su negra, pomposa y tétrica armadura hasta el punto de resultar ridículo cuando, además de los cráneos que colgaban de su cintura entrelazados por cadenas que recorrían las cuencas vacías de los ojos, remataba su casco con sucias y viejas plumas de pavo; remate que para él, mostraban el alto rango al que pertenecía.

-¿Y dónde demonios está esa caballería? -gritó furioso Bfrëgh dirigiéndose al resto de los oficiales, como buscando un responsable.

-Siguen escondidos detrás de la loma, comandante. Esperan que les des la orden -respondió Svharmlncon su peculiar ironía.

-¿Y a qué esperáis entonces para dar la señal? ¡Tocad el cuerno de una maldita vez! ¡Tocad!

Uno de los orcos cercanos a Bfrëgh, se apresuró entonces a llevarse a los labios un retorcido cuerno de venado y lo hizo sonar dos veces, dejando que su eco se esparciera por las montañas.

La caballería orca hizo entonces su aparición por detrás de la loma situada tras el ala este donde se encontraban los trasgos acosados por los enanos. Los trasgos, no mayores que un djenkin o un enano (de quienes siempre fueron acérrimos enemigos) pero más delgados en constitución, mostraron entonces su satisfacción lanzando gritos de guerra y enconándose contra sus oponentes, quienes, sin embargo, no parecieron sorprenderse ni amedrantarse lo más mínimo a pesar de la escandalosa jauría cabalresca que se les venía encima a sólo unos cientos de metros de ellos; antes bien, cualquiera diría que hasta lo estaban esperando.

Efectivamente, a sólo unos instantes de la aparición de la caballería orca, hizo lo propio la caballería elfa surgiendo por detrás de la loma contigua abalanzándose sobre los primeros, a quienes doblaban en número, y cortándoles el paso estrepitosamente. Multitud de orcos, elfos y caba-

llos se encontraron de pronto, casi sin darse cuenta, rodando por los suelos, pisoteados o en el peor de los casos, atravesados por las lanzas y las espadas o golpeados por las hachas orcas, en un encontronazo caótico, en el cual, los elfos llevaban la mejor parte.

Bfrëgh, sin embargo, no pareció darse cuenta del desastre, ya que su nerviosa mirada seguía pendiente, como desde el principio, en la lucha que se estaba desarrollando en el centro de la batalla, donde un torbellino rojo sin escudo ni armadura, sin más elementos bélicos que una espada, estaba sembrando el pánico entre sus soldados. Secundada por elfos y djenkins, Huma parecía haberse propuesto acabar ella sola con todo el ejército de Orm. Un odio incontenible parecía surgir de su interior inflamando su cuerpo y recorriendo sus brazos hasta explosionar en el filo de su ensangrentada espada, que no dejaba de moverse en una danza frenética y mortal, creando un escudo invisible a su alrededor impidiendo que ningún mortal se acercara a ella, a excepción de Norwhoondjer, quien, nadie sabe cómo, tenía la rara habilidad de luchar junto a ella a una distancia que cualquiera consideraría extremadamente peligrosa, y sin encontrarse fortuitamente con el filo de la fatídica arma.

Desde su segura posición, Bfrëgh observaba desesperado el fracaso de la extraña misión encomendada por Orm, su señor.

-¿Qué les ocurre a tus soldados Svharm? ¿Es que son unos cobardes? ¿No son capaces de detener a ese monstruo? ¡No es más que una hembra, maldita sea!

Svharm pareció molestarse esta vez.

-¡Cómete una mierda, Bfrëgh...! ¡También los tuyos le tienen miedo a ese demonio de pelo rojo! ¡Sería más fácil si el estúpido de Orm no tuviera esos extraños caprichos suyos, y nos permitiera acabar con ella!

El insulto a su señor encolerizó a Bfrëgh, que ya sin poderse contener, golpeó al trasgo con su potente puño, arrojándolo de su montura.

-¡Orm quiere a esa hembra viva, y Orm tendrá a esa hembra viva...! -le gritó Bfrëgh desde lo alto de su caballo- ¡Malditos inútiles! -y encabritando su negro corcel, se lanzó ladera abajo abandonando el lindero del bosque y dirigiéndose como una exhalación hacia el corazón de la batalla, en el centro del valle.

Penetrando como un proyectil negro, potente e imparable, Bfrëgh condujo su cabalgadura en línea recta, sin desviarse un sólo centímetro, arrollando bajo sus cascos a todos los combatientes de uno u otro bando sin distinción, que se interpusieran en su camino, con la mirada fija en su destino, resoplando de cólera tanto o más que el animal sobre el que montaba. De esta forma, elfos, djenkins, orcos y trasgos fueron sorpren-